



UNIVERSIDAD
Finis Terrae

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y COMUNICACIONES
ESCUELA DE LITERATURA

**EL ESPACIO DOMÉSTICO COMO FUENTE DE EMPODERAMIENTO
FEMENINO EN *LA SEÑORA DALLOWAY* DE VIRGINIA WOOLF**

Giuseppina Barbieri

Tesis presentada a la Facultad de Humanidades y Comunicaciones de la Universidad Finis Terrae, para optar al grado de Licenciada en Literatura con mención en Edición de textos. Esta investigación se realizó en el marco del proyecto UFT-FFE 2023 "Imaginarios domésticos en la narrativa femenina contemporánea de herencia fantástica en Hispanoamérica".

Profesora Guía: Loreto Casanueva
Lectora externa: Patricia Poblete

Santiago, Chile
2024

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer a mi papá, quien nunca dejó de ver en mí a esa niña incomprendida que vivía con la cara metida en los libros, y que, a pesar de no entender por qué estudio lo que estudio, me apoya de manera incondicional.

También quiero agradecer a las mujeres lectoras de mi familia, mi *nonna* y mi madre, quienes desde muy niña me inculcaron el valor y amor por la literatura, especialmente mi mamá, quien siempre valoró mi pasión por la lectura y me incentivó a participar en concursos de poesía y continuar en esta carrera. Además, debo hacer una mención honrosa a mi querida tía Diana que me planchaba el uniforme para la escuela de tripulantes, quiero que sepas que tu apoyo no fue en vano y, aunque ahora poco me queda de viajera y mucho de poeta, estoy infinitamente agradecida contigo.

Me gustaría agradecer a mis almas gemelas, quienes fueron mis compañeros durante estos largos años de carrera; Jorge Luis, Constanza e Isidora, ya que sin su apoyo y amistad nada habría sido posible.

A mi profesora guía, Loreto Casanueva, quien con mucha dedicación nos orientó entusiasta en este largo proceso y nos empapó con el amor y la entrega que pone en todo lo que hace. Finalmente, agradezco a Pablo Vergara, mi compañero de vida y quien nunca dejó de creer en mí y estuvo eternas jornadas cuidando de nuestro hijo mientras yo hacía mis trabajos de la universidad.

Índice

Introducción	4
Estado del arte	7
Marco teórico	10
Los personajes femeninos en la obra	15
<i>Clarissa Dalloway</i>	17
<i>Elizabeth Dalloway</i>	19
<i>Doris Kilman</i>	19
Capítulo 1: Espacio doméstico e intermedio	21
1.1 <i>El espacio doméstico en La señora Dalloway</i>	21
1.2 <i>El dormitorio de Clarissa Dalloway</i>	23
1.3 <i>Los espacios intermedios en la novela</i>	25
Capítulo 2: Muebles y decoración	30
2.1 <i>Mobiliario</i>	30
2.2 <i>Objetos decorativos</i>	32
Capítulo 3: Intimidad y fiesta	35
3.1 <i>El espacio íntimo de los habitantes de la casa Dalloway</i>	35
3.2 <i>Fiesta</i>	38
Conclusiones	41
Bibliografía	44
<i>Fuentes primarias</i>	44
<i>Fuentes secundarias</i>	44

Introducción

Hay puntos que la sociedad actual no considera en torno al empoderamiento femenino, entre ellos, que las mujeres siguen siendo las que se encargan, casi en su totalidad, del espacio doméstico mientras buscan ser las mejores en el ámbito laboral. Lamentable es que la historia nos muestre que jamás se permitió que como sociedad mantengamos una perspectiva más amplia al respecto, como por ejemplo, abrir espacios y oportunidades en el campo laboral, doméstico o, incluso, en el arte y la literatura. Estamos recayendo en los mismos errores una y otra vez, ya que hace siglos observamos la manera en que el patriarcado enjuicia y cierra caminos a la figura femenina en todos los aspectos antes mencionados, tal como plantean Sandra M. Gilbert y Susan Gubar en su libro *La loca del desván, la escritora y la imaginación literaria del siglo XIX* (1998). Allí, como dice su nombre, las autoras analizan la imagen femenina propuesta por escritoras durante el siglo XIX en la literatura, exponiendo que la voz patriarcal de un modo u otro está presente:

Sin duda, suya es la voz del espejo, la voz patriarcal del juicio que rige la valoración propia de la reina y de toda mujer. Él es quien decide, primero, que su consorte es «la más bella de todas», y luego, cuando se vuelve loca, rebelde, como una bruja, que ha de ser reemplazada por su hija angelical, inocente y obediente, una muchacha que, por lo tanto, es definida como «más bella aún» que la reina (52).

En este fragmento, las autoras nos exponen cómo la voz del hombre termina contaminando la imagen literaria de la mujer, y que bajo sus desafortunadas opiniones se encuentran sumergidas las protagonistas de un sinnúmero de historias. Sus reflexiones giran en torno al siglo XIX, pero ¿desde cuándo la imagen femenina está bajo el juicio patriarcal? No lo puedo afirmar con certeza pero al menos desde los antiguos ya teníamos estos prototipos. La imagen femenina deseable y aceptada se representaba a través de, por ejemplo, Atenea y Penélope en la *Odisea* de Homero, las que eran virtuosamente fieles a Odiseo, dispuestas a ayudarlo y esperarlo, pasara lo que pasara. Varios siglos más tarde nos encontramos a la Dulcinea del *Quijote*, quien encarna la virtud porque no es una mujer real, ya que la imagen femenina que se ha buscado promover durante tantos siglos no existe. Bajo la voz del ingenioso Hidalgo queda la descripción de la mujer perfecta. También está la protagonista de *Eugenia Grandet*, quien es sometida al encierro doméstico. O un ejemplo más cercano, *La última niebla* de María Luisa Bombal, que nos

muestra una mujer que, si bien se atreve a vivir su sexualidad, permanece muda al respecto y durante décadas le aqueja la agonía de no saber si su amor realmente existió o si fue un método de defensa que creó para hacer su vida más llevadera. Todas estas mujeres representadas en la literatura, de alguna manera u otra, estuvieron bajo el juicio de la voz patriarcal.

En contraste con lo anterior, también hubo aquellas que se atrevieron a fantasear cuando la mirada juzgona de Dios no lo permitía, que lo dieron todo en silencio mientras sus hombres se atrevían a vivir las más alucinantes aventuras. En deuda está la sociedad con las que nacieron en preciosas cunas de oro en antaño y aun así se atrevieron a cuestionarlo todo, lograron dar vuelta la situación y rebelarse, a veces desapercibidas, como la señora Dalloway, quien es capaz de dar una exitosa fiesta en su propia casa, resignificando espacios y dejando una poderosa lección a posteriori: obtén dinero y un cuarto propio. Algunas lo lograron bajo pseudónimos masculinos mientras otras fueron catalogadas como peligrosas solo por leer un libro.

Incluso en estos tiempos en que se pretende hacer desaparecer todos los tabúes, parece ser que la sociedad se esfuerza en catalogar como libertinaje cosas infundadas, como la educación sexual, por ejemplo, ya que las mujeres han debido padecer y gozar en silencio, como seres angelicales, o algo que se le asemeje, sin alterar la imagen, manteniendo siempre una siniestra mezcla entre encanto, inocencia y perfección. Así lo ha dicho la historia desde el principio de los tiempos y la literatura, lamentablemente, no ha sido la excepción.

Pero no nos detendremos en estos temas, ya que el eje de esta tesina está en la dimensión espacial y cómo esta sirve como medio de empoderamiento femenino. Precisamente esto nos convoca para la presente investigación, ya que se ha detectado que las mujeres históricamente han sido relegadas a espacios íntimos y domésticos y, como se mencionó anteriormente, dicha problemática se ha proyectado de igual manera en la literatura. En el caso particular de la novela que analizaré, los personajes femeninos resignifican estos espacios utilizándolos como medio de empoderamiento. De este modo, surge la siguiente pregunta: ¿de qué manera los personajes femeninos en *La señora Dalloway*¹ (1925) de Virginia Woolf utilizan la fiesta (en términos espaciales) y el dormitorio para empoderarse? Para responder a esta interrogante, primeramente, será necesario analizar cómo los personajes femeninos se empoderan por medio del espacio.

¹ El título original en inglés *Mrs. Dalloway*.

Luego, como objetivos específicos, se buscará demostrar que el espacio doméstico es una vía de empoderamiento para los personajes femeninos. También se analizará el rol de la fiesta y, finalmente, se analizará el rol de la habitación de Clarissa Dalloway. La hipótesis que se propone es que los personajes femeninos generan un ambiente propicio para empoderarse en espacios que, a lo largo de la historia de la humanidad, se les ha impuesto como medio de subordinación. Por esto, Clarissa Dalloway utiliza su dormitorio como un espacio que le pertenece, resignificando esta pertenencia orientada hacia el poder. Además, crea una fiesta dentro de su casa, lo que es su propio espacio, para retomar el poder que la sociedad le ha arrebatado, reasignándolo también a las mujeres que han sido invitadas a la fiesta.

Estado del arte

La creación literaria de Virginia Woolf ha sido extensamente admirada y leída desde diferentes puntos de vista, y aunque principalmente se le otorga un valor feminista, en el caso de la obra *La señora Dalloway*, existen pocos estudios en donde esa perspectiva feminista se vincule con una indagación del espacio de la acción, ya que sus lecturas se han abordado desde distintos panoramas, destacándose dos en particular. Por un lado, hay quienes se centran en los elementos innovadores que Woolf cultiva en la obra, mientras que, por otro lado, existen aquellos que la atienden desde la tematización psiquiátrica, relacionando la enfermedad mental de la autora con el desarrollo de los hechos dentro de la novela, ya que aseguran que el suicidio del personaje Septimus ocasiona que Clarissa Dalloway revele su estado psicológico alterado.

A continuación, se presentarán diferentes lecturas que se han elaborado en torno a la gran capacidad creativa de Virginia Woolf durante los últimos años sobre *La señora Dalloway*, junto con sus principales observaciones. En primer lugar, encontramos textos que analizan la composición de la novela de Woolf, ya que emplea recursos narrativos como la, para aquel entonces, experimental corriente de la conciencia. Esto se estudia en el texto “El modo narrativo de *La señora Dalloway*: encubrimiento y paradoja” (2018) de Eliana Albala Levy, quien analiza el estilo libre de la narración. En la misma línea que Erich Auerbach en su estudio *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental* (1946), particularmente en su capítulo “La media parda”, Albala indica que Virginia Woolf se maneja con una primera persona simultánea que nos entrega un “mosaico arraigado de innumerables perspectivas” (22), obteniendo así una sensación de totalidad que, paradójicamente, se logra a través de parcialidades incompletas, ya que si bien el narrador no entrega una descripción absoluta de los personajes ni psíquica, física o emocionalmente, nos muestra sus personalidades por medio de recuerdos y emociones, lo que logra que se mantenga una visión más completa de estos, de tal forma que cada pieza contada desde una parcialidad incompleta, forma parte de un gran mosaico que nos muestra una historia contada a cabalidad.

Del mismo modo, el informe *Tiempo, retorno, simultaneidad e intertextualidad en La Señora Dalloway de Virginia Woolf* (2013), de Gloria Sepúlveda Villa, se centra en la dimensión temporal de la acción, ya que esta tiene lugar sólo en veinticuatro horas. Sin embargo, Woolf logra crear un panorama casi completo de la vida de los personajes basada en estos espacios intercalados que se encuentran en sus pensamientos de manera

simultánea con la acción. Sepúlveda centra su análisis en estos aspectos temporales tan refinados que nos entrega Woolf.

Por otro lado, está el caso del texto *La enfermedad como obra de arte en La señora Dalloway y los escritos autobiográficos de Virginia Woolf* (2023) de Malena Ferranti Castellano, en el que se analiza la novela desde la dimensión biográfica de Woolf. En él, Ferranti plantea que el personaje de Clarissa Dalloway muestra un impulso por vivir a costa del dolor, y que dentro de la novela se logra contrastar la mente de los personajes enfermos con la de los personajes mentalmente sanos, lo cual reflejaría la vida de su autora dado que “la oscilación entre la vida y la muerte que representan Clarissa y Septimus es la misma que Woolf expresa en sus diarios en relación con ella misma; incluso admite que la escritura de los episodios de locura es difícil de afrontar” (19).

Finalmente, podemos encontrar dos textos que tienen una relación más estrecha con las intenciones de esta investigación, ya que analizan la representación de los objetos en la obra de Woolf. El primero de estos, corresponde a una tesis denominada “*The stuff of thought*”: *Virginia Woolf’s object lesson* (2011) de Sam Mitchell, quien analiza la función de la materia en su corpus, planteando que:

Woolf objects constantly shifts, composing, decomposing and recomposing themselves in the main of the characters [...] Often they become reflections of thought rather than separated solid objects. They act as repositories for memories, personal histories and experiences (7).

Así, el autor propone que los objetos de Woolf no son solamente materiales, sino que se presentan de una manera más maleable y trascienden el plano físico, ya que se mezclan con los pensamientos y emociones de sus personajes. Por esto, el rol de la representación objetual y material en la narrativa de Woolf es fundamental, ya que logra complementar el mundo interior de los personajes que la autora plantea, e incluso forman parte de este, porque no son meros objetos decorativos o mobiliario, sino que entregan mensajes semiocultos y nos adelantan acontecimientos.

La segunda tesis en torno a este tema es *The use of objects in the fiction of Virginia Woolf* (1981) de Avital Talmor, quien analiza las obras *La señora Dalloway*, *Las olas*² y *Al faro*³, proponiendo que son las más representativas de la autora y que las tres tienen en común que los objetos que irrumpen en la narración están estrechamente relacionados con

² El título original en inglés es *The Waves*.

³ El título original en inglés es *To the Lighthouse*.

sus personajes principales. En el caso de *La señora Dalloway*, un avión y un auto que aparecen al inicio de la novela, serían representaciones de Clarissa Dalloway, Septimus Warren Smith y su esposa Lucrezia Warren Smith. De esta forma, la autora estaría creando una relación entre los objetos dentro de la ficción y la existencia, el desarrollo y la significancia de los personajes dentro de la misma.

En los párrafos anteriores se presentaron textos publicados entre el año 2010 y 2023, cuyo objetivo se centró en estudiar la novela *La señora Dalloway* o la dimensión material de la obra de Woolf. Podemos observar que gran parte de los textos críticos que han sido publicados en dicho rango de fechas, y que reflexionan en torno a esta novela, se han centrado, por un lado, en analizar los tiempos narrativos y la experimentación presentes en la obra y, por otro lado, en destacar la relación que existe entre la novela y los trastornos mentales de la autora. En contraposición a esto, esta investigación pretende emprender un estudio en la que se analice la dimensión doméstica de la novela, para observar la representación objetual planteada en esta, y comprender de qué manera se presenta y se habita, ya que este espacio juega un rol fundamental para que los personajes femeninos se empoderen. En *La señora Dalloway* se crea el escenario propicio para que esto ocurra, por medio del espacio y los objetos que les rodean, dada la forma en que los usan y/o desusan, por ejemplo, la manera en que se visten y desvisten los personajes o cómo la decoración de la casa Dalloway dialoga con la imagen solemne de la protagonista, también con su emocionalidad y el hecho de que es ella quien decide dónde y cómo se disponen los objetos.

Marco teórico

Virginia Woolf fue una escritora y gran exponente del movimiento literario experimental modernista anglosajón que tuvo lugar entre 1900 y 1940, cuyo apogeo fue posterior a la Primera Guerra Mundial, desde 1918 en adelante. Este movimiento refleja cierto desdén hacia la literatura previa, particularmente al realismo, cuya búsqueda se centró en retratar fielmente la realidad por medio de descripciones exhaustivas de los espacios físicos en los que se desarrollaban los acontecimientos. El modernismo anglosajón, en cambio, no entrega descripciones físicas absolutas e indaga en el mundo interior de sus personajes.

Como plantea Auerbach en “La media parda”, capítulo en el que analiza *Al Faro* (1927) de Woolf, “nada hay en la novela que esté en una conexión sistemática, a la manera de una exposición o introducción con lo que en el texto se relata” (496), ya que se van intercalando los pensamientos de los personajes, sus emociones y vivencias ocurridas anteriormente con el transcurso de los hechos de la misma historia. Es más, como plantea Auerbach, la misma autora entrega opiniones de vistas externas de los personajes, ya que se logran observar aleatoriamente frases como “*Never did anybody look so sad*” (500), de manera tal que esta observación no pertenece al pensamiento u opinión verbal de ninguno de los participantes de los hechos ni del narrador.

Por otro lado, Auerbach plantea que este recurso de escritura se pudo catalogar como corriente de la conciencia o discursos vividos. En este contexto, resulta relevante contemplar que el discurso vivido se vio en la narración occidental anterior al siglo XX, pero de manera muy diferente ya que, como se mencionó anteriormente, se buscaba abordar la narración de manera fiel a la realidad, con el fin de demostrar el “conocimiento infalible” (504) del narrador. En contraposición a ello, como en el caso de Woolf y otros autores contemporáneos, este recurso busca reproducir “el vagar jugueteón de la conciencia, que se abandona al vaivén de las impresiones” (504), lo que evidencia intenciones artísticas diferentes del modernismo anglosajón, movimiento del que Woolf fue una de sus representantes más importantes, por lo que *La señora Dalloway* lograría plasmar constantemente estos atributos.

Como se mencionó en la introducción, la presente tesina tiene como objetivo analizar la novela *La señora Dalloway* de Virginia Woolf, publicada en el año 1925, la que relata un día en la vida de Clarissa Dalloway, una mujer inglesa que vive en Londres y pertenece a la alta sociedad, quien organiza una fiesta que tendrá lugar en su casa. La

autora decide narrar esta historia desde el punto de vista subjetivo de los personajes, por lo que se relata, principalmente, a partir de la mente de estos, mostrando sus pensamientos y recuerdos, lo que nos permite indagar un poco más y tener nociones de las diferentes etapas de sus respectivas vidas. De manera paralela a la escritura de la novela, la autora compuso siete cuentos que están centrados en la fiesta que la señora Dalloway da en su casa, entregándonos características más profundas de personajes y situaciones que en la novela no se detuvo a abordar. Estos cuentos se encuentran en el libro *La fiesta de la señora Dalloway*, cuya lectura será imprescindible en esta investigación, considerándose como corpus secundario.

Para llevar a cabo lo anteriormente mencionado, será necesario abordar el análisis desde algunos conceptos expuestos por diferentes autores que nos entregan un sustento teórico. En primer lugar, necesitaremos delimitar lo que entendemos por empoderamiento femenino, y para esto, tendremos en cuenta el texto *El segundo sexo* (1949) de la filósofa francesa Simone de Beauvoir, el que consiste en un ensayo donde la autora analiza el rol de las mujeres a lo largo de la historia, reflexionando cómo han sido percibidas, tanto ellas como sus papeles, desde un punto de vista patriarcal, para, de este modo, cuestionarlo y plantear libertades en aspectos que probablemente no habían sido considerados hasta ese momento. Dentro de estas reflexiones, menciona que el poder viene de la forma en que el ser humano se relaciona con su entorno, cómo se plantea como existente y domina al mundo, ya que la manera en que se utilizan espacios de todo tipo como, por ejemplo, la postura, la forma de habitar los hogares, entre otras, demuestran y, al mismo tiempo, otorgan poder sobre otros individuos.

Es por esto que podemos entender que el empoderamiento femenino se da en el momento en que las mujeres se crean su propio camino dentro de sus espacios, en la medida en que se relacionan con lo doméstico, ya que esto las hace existir y, por medio de este, crean y se desenvuelven. La autora, en la segunda parte de su texto, titulada “Historia”, realiza un análisis de las relaciones entre hombre y mujer a lo largo del desarrollo de la humanidad y expone lo siguiente:

El homo faber es desde el principio de los tiempos un inventor: el palo, la maza con la que arma su brazo para alcanzar los frutos, para derribar a los animales, son instrumentos con los que amplía su control del mundo; no se limita a transportar al hogar los peces que captura en el mar; primero tiene que conquistar el reino de las aguas tallando piraguas; para apropiarse de las riquezas del mundo se incauta del mundo mismo. En esta

acción experimenta su poder; plantea unos fines, proyecta caminos hacia ellos: se realiza como existente. Para mantener, crea; desborda el presente, abre el futuro. Por esta razón, las expediciones de caza y pesca tienen un carácter sagrado. Se acogen sus triunfos con fiestas y celebraciones; el hombre reconoce así su humanidad. Este orgullo lo manifiesta ahora también cuando ha levantado un pantano, un rascacielos, una pila atómica. No sólo ha trabajado para conservar el mundo dado: ha hecho estallar las fronteras, ha sentado las bases de un nuevo futuro (94).

En el fragmento anterior, se reflexiona sobre cómo el poder de los seres humanos ha sido, desde el principio de los tiempos, obtenido desde el espacio: la forma en que nos relacionamos físicamente con nuestro entorno nos otorga mayor o menor poder sobre el mundo que nos rodea. Me parece importante tener en cuenta que el texto de Beauvoir se publica posterior a la Segunda Guerra Mundial, lo que da cuenta de su necesidad de cuestionar a quién le pertenece el poder y de qué manera este se relaciona con el espacio, ya que Alemania invadió diferentes países de Europa y ocupó Francia por cuatro años. Resulta interesante considerar este antecedente porque, como se logra observar en la novela de Woolf, las mujeres están siendo constantemente desterradas de su propio espacio con el fin de minimizarlo y, con ello, quitarles el poder que poseen. De acuerdo a los planteamientos de la filósofa francesa, podemos concluir que el empoderamiento femenino es la forma en que las mujeres resignifican espacios, a veces domésticos, para obtener el poder que les pertenece pero que se les ha arrebatado a lo largo de la historia y a través del patriarcado.

De publicación previa al texto de Simone de Beauvoir, en su ensayo *Una habitación propia* (1929)⁴, Woolf reflexiona en esta misma línea, particularmente sobre la renta y los bienes de las mujeres de la época, proponiendo que la independencia se debe lograr a través de la libertad económica para obtener un lugar en el que la mujer pueda ejercer sus propias labores de enriquecimiento intelectual, por lo que cada una debe tener su propio espacio físico y su propio dinero: “a lo sumo podría ofreceros una opinión sobre un asunto menor: que una mujer necesita dinero y una habitación propia para dedicarse a la literatura” (8). Esta propuesta de la autora se puede extender a todos los campos y no exclusivamente al de la literatura, es necesario comprender que una mujer requiere ese

⁴ El título original en inglés es *A room of One's Own*.

cuarto propio para ejercer su profesión. En este ensayo, Woolf plantea que las mujeres no poseen las mismas oportunidades que los hombres, y que por eso deberían tener su propio espacio y dinero, denunciando que “Londres está bajo un patriarcado” (10). Por lo tanto, propone una forma mediante la que las mujeres pueden ser libres y dedicarse a la literatura. De este modo, la autora reconoce la relevancia del espacio físico para lograr un empoderamiento femenino.

Por otra parte, se desarrollará el concepto de alteridad, el cual también fue expuesto por Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*. La autora lo define como la manera en que el hombre se relaciona con la mujer, manteniéndola en el lugar de otra, externa a sí mismo:

A menudo presiden los intercambios de mercancías: el comercio está entre sus manos. Por ellas se mantiene y se propaga la vida del clan; de su trabajo y de sus virtudes mágicas dependen hijos, rebaños, cosechas, utensilios, toda la prosperidad del grupo en el que son el alma. Tanto poder inspira a los hombres un respeto mezclado con terror que se refleja en el culto. En ella se resumirá toda la Naturaleza extranjera. Hemos dicho ya que el hombre sólo se concibe haciéndolo como Otro; capta el mundo bajo el signo de la dualidad, aunque ésta no tiene todavía un carácter sexual. Naturalmente, al ser diferente del hombre que se plantea como lo mismo, la mujer queda clasificada en la categoría de Otra; la Alteridad envuelve a la mujer; en un principio no es suficientemente importante para encarnarla sola, de modo que se dibuja en el corazón del Otro una subdivisión: en las antiguas cosmogonías un mismo elemento tiene a menudo una encarnación masculina y femenina al mismo tiempo; por ejemplo, el Océano y el Mar entre los babilonios son la encarnación doble del caos cósmico. Cuando crece el papel de la mujer, absorbe casi en su totalidad la región del Otro (98).

En esta cita, de Beauvoir menciona que el hombre nunca va a percibir a la mujer como un igual, ya que entiende la vida a modo de dualidad, por lo que al ver a la mujer tan distinta de sí la percibe como otra, como un ser de carácter extraño. El hombre le teme a la mujer por su conexión con la tierra y las características místicas que él mismo le ha otorgado. Se percibe totalmente ajeno a ella y, al mismo tiempo, le parece menos importante que él. Alteridad es la idea patriarcal que habita en la mente masculina y obliga

al hombre a designar espacios exclusivamente femeninos y otros exclusivamente masculinos, ya que percibe a la mujer como un ser diferente que debe vivir en un mundo apartado.

A continuación, para profundizar el análisis propuesto, se considerará el estudio *Historia de las alcobas* (2009) de Michelle Perrot, en el que la autora desarrolla un largo viaje cronológico detallando los usos que se le han dado a diferentes tipos de habitaciones. Entre estos espacios, destacan las alcobas femeninas. En este contexto, la autora reflexiona en torno a la manera en que la mujer ha sido históricamente percibida en la vida pública, señalando que en diferentes culturas se ha considerado que la mujer pierde valor al mostrarse, por lo que se ha visto forzada a permanecer encerrada en el espacio doméstico, logrando que las habitaciones sean lugares que se vinculan a lo femenino:

Muchas culturas confinan a las mujeres en el interior de la casa. «Toda mujer que se muestra se deshonra.» «Una mujer en público siempre está desplazada», aseguraban en unos términos cuasi idénticos Pitágoras y Jean-Jacques Rousseau. El espacio público es ámbito exclusivo de los hombres: el de comercio, de la política, del arte de la oratoria, del deporte de alto nivel, del poder. En ese espacio una mujer no puede pretender intervenir, salvo parcialmente. Cuestión de funciones, pero también de sexo, de hurtar el cuerpo, eventualmente, tras un velo (174).

En ese sentido, la fiesta que organiza Clarissa Dalloway cobra especial valor, comprendiendo que se muestra al mundo desde la comodidad de su casa, logrando que la alta sociedad londinense asista a su fiesta. En su hogar ella demuestra el poder que mantiene sobre el mundo que le rodea, ya sea sus invitados o el espacio doméstico, de esta manera resignifica el espacio al que “pertenece”, ya que en su condición de mujer se vio forzada a permanecer en este, pero lo utiliza como fuente de empoderamiento. Además, la relación con sus invitados es asimétrica, dado que se encuentra en su rol de anfitriona. También es relevante considerar el contexto de producción de la obra, ya que es inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, situación en que comienza a alterarse la relación entre lo público y lo privado dado que, por una parte, los hombres van a pelear a la guerra mientras que, por otra, las mujeres deben tomar sus lugares y salir a trabajar para poder abastecer sus hogares. Las mujeres que por siglos han sido encerradas, ahora deben ser proveedoras y mostrarse al mundo: todo comienza a reordenarse.

Si bien Clarissa Dalloway no se ve en esta necesidad laboral, comienza a cuestionar el manejo de los espacios públicos y privados dando una gran fiesta en su casa. En esta línea, es necesario considerar que el *Online Etymology Dictionary* expone que la palabra *party* ('fiesta') proviene del latín *partire/partiri* que significa compartir, parte, distribuir, dividir. Resulta interesante analizar el origen de este concepto, ya que tiene directa relación con el rol que la fiesta desempeña dentro de la obra, debido a que logra ser un momento para compartir con la alta sociedad londinense pero, de alguna forma, también se distribuye, gracias a la fiesta, el poder de sus participantes. Se forma parte pero también se toma parte durante el desarrollo de esta.

Finalmente, debemos definir qué entenderemos por intimidad para analizar cómo los personajes dentro de la novela se desenvuelven en este aspecto. Para lograr esto, hay que considerar lo expuesto por José María Desantes en su conferencia *El derecho fundamental a la intimidad* (1992), en la que realiza una comparación de diferentes definiciones que se han realizado sobre dicho concepto. También reflexiona en torno a la relevancia que el derecho a la intimidad cobra en el contexto jurídico y cómo este se confronta con el derecho a la información. Para lo anterior, el autor expone lo siguiente: "la vida privada se condensa y concentra en un punto, en la soledad del yo viviente, a la que nadie más que yo mismo puede tener verdadero acceso. Esta cúspide es la intimidad" (273). En esta cita el autor declara que la intimidad es aquello a lo que sólo un individuo tiene acceso; el mundo interior de este y lo que únicamente esa persona sabe de sí mismo y su espacio. De este modo, podemos entender que el espacio íntimo puede ser mostrado solamente cuando el individuo cuyo espacio se muestra, así lo requiere. Esto se verá reflejado en la manera en que la protagonista de la novela *La señora Dalloway* muestra la intimidad de su casa a los invitados a la fiesta. Además, el movimiento al que la novela está adscrito mantiene una estrecha relación con este concepto, dado que la corriente de la conciencia busca explorar el mundo interior de sus personajes, ese mundo interior es, precisamente, lo que comprenderemos como intimidad.

Los personajes femeninos en la obra

Antes de entrar en el análisis, es relevante considerar el rol que desempeñan los tres principales personajes femeninos dentro de la novela, ya que estos se plantean como seres que son sometidos al poder masculino y rápidamente subestimadas por ellos. Por lo que, por un lado, se muestra lo que los personajes masculinos piensan de ellas, mientras que,

por otro lado, se logra apreciar lo que realmente son, como es el caso de Clarissa Dalloway, la protagonista, ya que su viejo amigo Peter Walsh, a quien no veía hace varios años, la visita el día de la fiesta, destacando los aspectos más frívolos de ella durante el relato; también Richard, el marido de Clarissa, quien considera que le da demasiada relevancia a cosas que para él son sin sentido como, por ejemplo organizar una fiesta. Mientras las miradas masculinas la subestiman, las acciones reflejan que la protagonista es una mujer empoderada, autosuficiente, sumamente inteligente y empática. Esto tiene una estrecha relación con lo que Simone de Beauvoir plantea en su texto *El segundo sexo* como alteridad, puesto que por determinadas prácticas femeninas, el hombre percibe a la mujer como alguien ajeno a sí:

A menudo presiden los intercambios de mercancías: el comercio está entre sus manos. Por ellas se mantiene y se propaga la vida del clan; de su trabajo y de sus virtudes mágicas dependen hijos, rebaños, cosechas, utensilios, toda la prosperidad del grupo en el que son el alma. Tanto poder inspira a los hombres un respeto mezclado con terror que se refleja en el culto. En ella se resumirá toda la Naturaleza extranjera. Hemos dicho ya que el hombre sólo se concibe haciéndolo como Otro; capta el mundo bajo el signo de la dualidad, aunque ésta no tiene todavía un carácter sexual. [...] la mujer queda clasificada en la categoría de Otra; la Alteridad envuelve a la mujer; [...] Cuando crece el papel de la mujer, absorbe casi en su totalidad la región del Otro (98).

En el fragmento anterior, la autora profundiza en la manera dual que el hombre entiende al mundo, y por las desemejanzas biológicas que presenta con la mujer, cuya naturaleza le otorga el poder de la vida y la prosperidad, comprende a la misma como una extranjera, un ser completamente diferente de sí, le resulta imposible ver como a sí mismo a quienes son tan distintos, ya sea por sus distinciones biológicas o por las características místicas que le otorga. Bajo esa mirada, no entiende del todo las capacidades que la mujer posee, como la de crear vida, así como su innata relación con la tierra desde antaño. Lo anterior se puede identificar fácilmente en los pensamientos de los personajes masculinos de la novela, ya que estos no son capaces de comprender las prioridades que las mujeres mantienen, en ocasiones menosprecian a otros personajes y constantemente las asocian y apartan a espacios exclusivamente domésticos, para mantener la posición de poder en

espacios públicos y sociales, puesto que no se mezclarán con otras sino solo entre ellos mismos.

Clarissa Dalloway

En primer lugar, es necesario analizar a Clarissa Dalloway, de cincuenta y dos años, cuyo rol protagónico le otorga un carácter peligroso ante los ojos de quienes le rodean, tanto personajes femeninos como masculinos. Un ejemplo de esto es Doris Kilman, en quien profundizaremos más adelante, pero que muestra un profundo sentimiento de odio hacia Clarissa, por su apariencia delicada y gran facilidad por vivir una vida placentera. Por otro lado, Peter Walsh se muestra constantemente irritado por el éxito que Clarissa mantiene y la liviandad con que plantea las cosas. Además, Peter mantuvo una larga amistad con ella, que se vio irrupida cuando ambos eran jóvenes y él le propuso matrimonio pero ella lo rechazó. Debido a esto, Walsh comenzó a hacer largos viajes para estar lejos de su amor no correspondido, pero, cuando vuelve, muestra en reiteradas ocasiones la irritación que se describió antes, lo que refleja claramente un rencor hacia ella por haber sido rechazado. Por otro lado, cuando Peter observa que Clarissa continúa viviendo una vida de lujos y abundancia, le menosprecia. Lo anterior podría estar camuflando un verdadero sentimiento de miedo hacia ella. Walsh está cuestionando, de manera constante, las costumbres de la señora Dalloway e incluso se ríe de ella diciéndole “la perfecta señora de sociedad” (65), en un tono irónico. Es curiosa la relación que Clarissa y Peter mantienen, porque si bien ambos se sienten en absoluta comodidad entre sí, él demuestra emociones negativas hacia ella. Después de años sin verse, Walsh llega sin avisar a la casa de Clarissa, quien más tarde le envía un correo diciendo “Cuán delicioso ha sido verte. Tenía que decírtelo” (204), respecto del cual Peter queda muy ofuscado, ya que piensa que a todos en la fiesta les dirá lo mismo. Esto reflejaría el rencor que siente hacia ella, ya que no es capaz de reconocer que Clarissa mantiene un sentimiento especial hacia él porque de ser así, no habría rechazado su propuesta de matrimonio en la juventud.

Existe una estrecha relación entre el mundo interior de una dueña de casa y lo que ocurre en su casa. Es por esto que la protagonista decide dar una fiesta, ya que puede utilizar ésta como medio de empoderamiento en una sociedad que le quita el espacio cada vez que puede. En la novela, esto se plantea de la siguiente manera:

Yendo ahora a su propia mente, ¿qué significaba para ella esa cosa que llamaba vida? Oh, era muy raro. Allí estaba Fulano de Tal [...] Zutano, y otro, [...] Y Clarissa sentía muy continuamente la noción de su existencia, y sentía el deseo de reunirlos y lo hacía. Era una ofrenda; era combinar, crear; pero ¿una ofrenda a quién?

Quizá fuera una ofrenda por amor a la ofrenda. De todos modos, este era su don. No tenía nada más que fuera importante; no sabía pensar, escribir, ni siquiera sabía tocar el piano.

Confundía a los armenios con los turcos; amaba el éxito; odiaba la incomodidad; necesitaba gustar (162).

En este fragmento se muestra que para la protagonista es importante agradar, por ello crea una fiesta, simplemente porque tiene los medios para realizarla y logra gustar a través de esta y, de este modo, formar parte de una sociedad, de la alta sociedad. A su fiesta acuden personajes importantes como el primer ministro, y por medio de esta celebración Clarissa tiene el poder de juntar a este tipo de personas importantes con quienes le parece pertinente invitar, resignifica un espacio doméstico que generalmente es sinónimo de opresión, en un espacio que le entrega poder.

Por otro lado, es relevante para la protagonista el acto de mostrarse. Sobre esto reflexionaba ya en su juventud, en un paseo aleatorio que realizó por Londres en compañía de Peter Walsh: “Clarissa tenía [...] una teoría [...] Explicaba la insatisfacción que sentían; de no conocer a la gente; de no ser conocidos” (200). Aquí se reflejan las ansias de Clarissa por ser conocida, el no serlo le genera una insatisfacción y, en relación con lo anterior, esto puede comprenderse como que el ser conocida le permite formar parte de algo, la ofrenda que significa dar una fiesta sin motivos que mencionaba anteriormente el narrador, es una ofrenda a sus invitados, para que ellos puedan conocerla, pero de la manera en que ella quiere ser conocida y percibida por los demás.

La señora Dalloway crea estas relaciones complejas con sus invitados y su entorno, lo que será abordado conforme este análisis avance, porque es una mujer económicamente poderosa, pero además es sumamente inteligente: podía tomar a un hombre joven sin el menor refinamiento y transformarlo completamente. Lo mismo puede realizar con el espacio, es capaz de volver su salón “una especie de punto de reunión” (103), se desenvuelve de tal manera que puede volver todo el espacio y las personas a su favor. Incluso, Walsh durante un paseo por Londres, inmediatamente después de visitar a

la protagonista, piensa que “Clarissa es dos veces más inteligente que Dalloway” (103). A pesar de su sentir negativo hacia ella, reconoce su gran capacidad intelectual.

Elizabeth Dalloway

La hija de Clarissa, Elizabeth Dalloway, de 17 años, es quien posee mayor capacidad de empoderamiento dentro de la novela, ya que a su corta edad muestra un fuerte interés por enriquecer su intelecto. En ese sentido, admira muchísimo la inteligencia de su institutriz, Doris Kilman, con quien poco tiene en común, ya que poseen mucha diferencia etaria e incluso Kilman le parece una mujer de apariencia vulgar, aunque no le da importancia a esto. Según Clarissa, Elizabeth se ha vuelto “una muchacha muy seria” (162) con el transcurso de los años, pero probablemente esta percepción se debe a que sus prioridades se albergan en la lectura e, influenciada por Kilman, en la religión. A pesar de lo anterior, Elizabeth muestra un arduo impulso por conocer el mundo, osa viajar en autobús a barrios que normalmente no frecuentan jóvenes de una acomodada condición social como ella, y fantasea con ejercer alguna profesión masculina y contraria a su estilo de vida de alta sociedad londinense, como ser granjera o médico. En cuanto a la manera en que los personajes masculinos la perciben, se puede evidenciar que la menosprecian y ella se siente cansada de escuchar elogios por su apariencia. Incluso Peter Walsh piensa que Elizabeth entró a la habitación “como una piernilarga potranca guapa y tonta” (202), subestimándola completamente, al poseer una apariencia jovial, inocente y atractiva. Elizabeth se encuentra abrumada por cómo la perciben los hombres, quienes simplemente valoran su belleza y no se aventuran en indagar más allá con su intelecto, mientras ella desea ejercer alguna profesión con seriedad, ya que le parece más relevante la inteligencia que las apariencias, contrario a lo que se esperaría de una joven con sus características.

Doris Kilman

La señorita Doris Kilman es de origen alemán y ejerce como la institutriz de Elizabeth Dalloway. En la novela se destaca constantemente su gran capacidad intelectual y se contrapone con su desagradable aspecto físico, lo cual podría ser el motivo para el fonema de su nombre que evoca las palabras en inglés *kill* (matar) y *man* (hombre), que podrían constituirse como antónimo de la imagen canónica femenina, al alejar totalmente a los hombres. De hecho, Doris se queja constantemente de lo rechazada que es por los demás, de cómo todos la miran con desprecio, siendo sumamente lastimosa con ello.

Kilman expresa un desinterés por su aspecto, el cual excusa con una obsesión por la religión, ya que no se permite ninguna forma de placer que no sea la comida, siendo incluso vulgar y grotesca para comer. Este personaje es contrario a la protagonista, por lo que ambas se odian profundamente, aunque este odio esconde un sentimiento de envidia entre ellas. Por un lado, Clarissa se siente inculta y lejana a su hija Elizabeth, mientras Doris posee el lazo de la intelectualidad con ella. Por otro lado, Doris considera que Clarissa es muy delicada y se permite demasiados placeres, algo que en el fondo de su ser, le encantaría encarnar. Esta contraposición se relaciona con la presión que las mujeres sienten en la novela, ya que nunca se es lo suficientemente bella o lo suficientemente inteligente para los personajes masculinos dentro de la obra.

De este modo, logramos apreciar mejor la manera en que los principales personajes femeninos ocupan el espacio, se relacionan con otros y cómo estas son vistas por los personajes masculinos. Clarissa da una fiesta por medio de la cual crea un ambiente que puede habitar y, posteriormente, observaremos que a través de este le empodera a sus invitadas también. Elizabeth, por su parte, explora barrios que no pertenecen a su mundo habitual, por medio de la ocupación de espacio físico obtiene un empoderamiento, ya que busca vivir una vida diferente a lo que se espera para una chica de sus características. Finalmente, la señorita Kilman aunque externa a la casa Dalloway, es capaz de habitar el espacio de estas personas tan diferentes a ella por medio de la intelectualidad, existe una relación entre la manera en que los personajes femeninos se desenvuelven en un lugar y el poder que obtienen por medio de esto.

Capítulo 1: Espacio doméstico e intermedio

1.1 El espacio doméstico en *La señora Dalloway*

El espacio doméstico abarca un sinnúmero de aspectos tanto de la vida pública como de la vida privada. El espacio doméstico puede representar la forma en que un individuo se percibe a sí mismo, pero también la forma en que quiere ser visto por otros. En una casa, cada propietario decide qué muestra y a quiénes invita, tiene total potestad sobre qué partes de ella permite que sean vistas y cuáles están destinadas para permanecer lejos de las miradas ajenas.

Es curioso que lo doméstico, a través de la historia, ha sido, en mayor parte, visto como algo exclusivamente femenino. Son las mujeres quienes se encargan de la limpieza, el orden, la decoración y la atención de los visitantes. De alguna forma, el espacio doméstico ha significado una especie de prisión para las mujeres, quienes se han visto obligadas a permanecer encerradas bajo la enorme responsabilidad de hacer que una casa funcione. En las manos de mujeres ha quedado la labor de mantener el honor de la familia y la crianza de los hijos, con un permiso de trabajar y crecer en el ámbito profesional deficiente. Al respecto, Michelle Perrot plantea en su texto *Historia de las alcobas* que, durante siglos, se pensó que “toda mujer que se muestra se deshonor” (174) por lo que se logró que el sujeto femenino estuviese forzado a permanecer dentro de su casa y tomar la tutela de estas labores. Aunque, irónicamente, si la comunidad se llega a enfrentar a una situación de guerra o algún tipo de catástrofe, las mujeres se ven obligadas a salir a conseguir labores remuneradas.

Los antiguos nos entregaron ejemplos de mujeres consideradas dignas de admiración como Penélope, esposa de Odiseo, quien fue capaz de esperar a su amado durante décadas cuando él decidió emprender un viaje, pero nos mostraron con desprecio la historia de Medea, quien es desterrada y abandonada a su suerte junto a sus dos hijos cuando Jasón decidió irse con la hija del rey. En ambas recae la responsabilidad de mantener una compostura y aceptar en silencio las decisiones de sus maridos, y solo es valorada quien permanece bajo la sombra de un lecho matrimonial incompleto. Sin importar lo que pase, no se permite que mujeres tomen el control o cobren venganza, las esposas deben ser sumisas para ser aceptadas. Antígona, protagonista de la tragedia homónima de Sófocles, altera el orden social para cumplir la voluntad de los dioses pero,

al igual que Medea, es percibida como una peligrosa agitadora. Y así, en contraste, hay tantas otras que simplemente sufrieron en silencio para mantener el orden en sus hogares. La historia ha replicado una y otra vez relatos cuyas protagonistas femeninas que se atrevieron a alterar levemente el orden, sufren fatales desenlaces, ya que como plantea Judith Butler en su texto *El género en disputa* (1999), la prohibición es una manera de ejercer el poder:

la ley que repudia el deseo de la hija por la madre y por el padre exige que la niña acepte el emblema de la maternidad y preserve las reglas del parentesco. De esta manera, tanto la posición masculina como la femenina se establecen por medio de leyes prohibitivas que crean géneros culturalmente inteligibles, pero únicamente a través de la creación de una sexualidad inconsciente que reaparece en el ámbito de lo imaginario (89).

De este modo, Butler plantea que el patriarcado ha establecido leyes prohibitivas para lo femenino y lo masculino, aunque lo masculino prevalece, ya que la voz del padre dicta a la niña cómo ser, mientras le prohíbe lo que no debe ser. El patriarcado obtiene un poder sobre la mujer y la convierte en objeto de deseo. Asimismo, las mujeres han sido sometidas a este poder.

Parece ser que a lo largo de la historia, las mujeres han tomado la decisión de vivir en la penumbra doméstica, pero, como plantea Perrot, la sociedad ha mantenido la idea de que “una mujer en público siempre está desplazada” (172), logrando que los espacios públicos sean exclusivamente masculinos, por lo que sólo ellos pueden mostrarse. La vida social activa y el trabajo son prioritariamente pensados para hombres. Esto, en compañía de la idea de la prohibición como poder de Judith Butler descrita anteriormente, resulta en que el sujeto femenino permanece encerrado en su espacio doméstico. Por esto, la realidad es que las mujeres no decidieron encerrarse, sino que durante siglos se vieron obligadas a permanecer ocultas bajo las paredes de sus propios hogares, ya que, como se mencionó anteriormente, los espacios públicos sólo les pertenecían a sus compañeros masculinos. Pero no todo es tan oscuro, ya que esto ha impulsado a las mujeres a que planteen diversas maneras de relacionarse con el espacio íntimo, para retomar el poder a través de lo doméstico, buscando nuevas formas de conseguir el dominio de estos para transitar entre lo público y lo privado sin siempre ser vistas y dando lugar a espacios que parecían olvidados: los intermedios, sobre los que profundizaremos más adelante.

1.2 El dormitorio de Clarissa Dalloway

Simone de Beauvoir plantea en *El segundo sexo* que existe una estrecha relación entre la forma en que nos desenvolvemos físicamente en un espacio y el poder que se obtiene dentro de la sociedad. Dos décadas antes, la escritora inglesa Virginia Woolf dejaba ver a través de Clarissa la manera en que el poder se obtiene a través de la ocupación de los ambientes, ya que sus emociones se relacionan con el mobiliario y la decoración y, además, entra y sale de su casa, reflejando así acciones que están cargadas de simbolismos que descifraremos más adelante en esta investigación. La estrecha relación entre los planteamientos de Woolf y Beauvoir tal vez tenga que ver con que esta última fue una ardua lectora de Woolf, por lo que ambas autoras parecen estar en constante diálogo.

Clarissa Dalloway es dueña de casa, ya que se encarga de la organización, la decoración y la disposición de los muebles dentro de esta. Y aunque no hay alusiones en la novela respecto a la posesión de la propiedad, podemos considerar que Clarissa es dueña de su propio espacio, porque posee una habitación en el ático en la que, después de ponerse cómoda y quitarse la ropa, puede dormir y leer sin ser molestada. La protagonista menciona dentro de la obra lo siguiente: “Las mujeres deben despojarse de sus ricos atavíos. Al llegar al medio día deben quitarse las ropas” (44). En este fragmento se referencia a la mujer de la alta sociedad, que lleva “ricas vestimentas” y que se desenvuelve en un entorno que presta especial cuidado a la apariencia y al deber ser. Aquí se logra observar el primer indicio de empoderamiento por medio de un espacio privado, ya que Clarissa se desviste y con ello se deshace de todo aquello que la ubica en una clase determinada, puesto que dentro de su privacidad nada de eso es realmente relevante o, como menciona Perrot, “la habitación no es más que una de las formas del derecho al secreto” (97). Clarissa descansa en lo alto de su casa sin ser interrumpida, se pasa las horas leyendo, es muy importante tener “derecho al secreto”. Además, su tiempo de ocio no tiene que ver con acomodar la casa ni atender a terceros. Se logra apreciar que parte del valor que ella posee no está determinado por otros sino que lo obtiene a través del poder que ella misma se atreve a tomar por medio de la resignificación de este tipo de espacios, ya que se vio forzada a permanecer en el espacio privado, pero en lugar de ver a este como un claustro, lo usa a modo de empoderamiento. Y, como se mencionó anteriormente, valora mucho la privacidad, dado que esta situación es en la que puede ser

ella misma, por eso se deshace de sus ropas y accesorios incómodos como joyería y vestidos.

Clarissa demuestra un afán por leer a solas, menciona lo mucho que lo disfruta, y esto es un acto de rebeldía ya que, como propone Perrot:

las mujeres eran, durante el siglo XIX, unas lectoras cuya bulimia intelectual inquietaba seriamente a clérigos y moralistas, quienes temían los efectos de las novelas en su empleo del tiempo, en sus nervios y en su imaginación. La figura de la lectora [...] con una sonrisa en la comisura de los labios y una expresión golosa en el rostro, es un tema común de la pintura erótica. Las mujeres que leían eran peligrosas (118).

En la cita anterior, Perrot explica la situación de la mujer lectora del siglo XIX, en la que su imagen era percibida como algo prohibido y peligroso, e incluso, se le otorga un valor sexual, plasmándola en obras de carácter erótico, de alguna manera esto pudo ser medio de sumisión, quitarle validez al lado intelectual femenino para asociarlo inmediatamente a lo sensual y, de este modo, tener el control sobre una situación potencialmente peligrosa. La protagonista de la novela de Woolf habita en un contexto inmediatamente posterior, por lo que aún debe lidiar con esa percepción social que se mantiene en cuanto a las lectoras. Una práctica que en el siglo anterior se buscaba erradicar por medio de la sumisión erótica, Clarissa Dalloway la lleva a cabo con total libertad, lo cual es comparable a Emma, protagonista de *Madame Bovary* (1856) de Gustave Flaubert, quien es una apasionada lectora de la literatura romántica, pero al mismo tiempo rechaza la sumisión convencional en su rol, por medio de la lectura amenaza a la imagen convencional femenina de la época.

Por otro lado, es relevante considerar la distribución que posee la casa, ya que la habitación de Clarissa está ubicada en el ático, lo que logra que la protagonista se mantenga en la cúspide de esta y, al parecer, de sus integrantes, no solo porque es la dueña sino que, además, es quien toma las decisiones en torno a la fiesta y sus invitados. Esto se puede observar tanto en los preparativos de la fiesta como en el hecho de que quien la lleva a cabo es Clarissa por sí misma, ya que Richard, su marido, parece ser solo un invitado más y no tiene mayor participación dentro de los preparativos, inclusive ni siquiera se encuentra dentro de la casa cuando estos ocurren. Richard mantiene una vida social muy activa en su situación de sujeto masculino que, tiene permitido mostrarse: aparece en los periódicos, sus amigos escriben al *Times* y tiene almuerzos con personas

importantes, lo que le mantiene inmerso en el acto de ocupar espacios públicos. Esto se puede observar en los pensamientos que Richard tiene en torno a la fiesta de Clarissa cuando vuelve de su almuerzo con Lady Bruton: “Era raro el que Clarissa diera tanta importancia a sus fiestas, pensó Richard [...] Pero Richard no tenía la más leve noción del aspecto que debe presentar una sala” (158). Esta cita evidencia el hecho de que Clarissa es quien toma las decisiones domésticas, por eso la perspectiva de su esposo es tan lejana en cuanto a la situación que ocurrirá esa noche, ya que la fiesta que se dará es de suma importancia para la protagonista. Mientras Dalloway está demasiado ocupado con su ajetreada vida social, por lo que los preparativos de la celebración tanto como la misma, son demasiado fútiles e incomprensibles para él.

En cuanto a la distribución de la casa, no se identifican referencias minuciosas que nos permitan recrear claramente un mapa o un plano de esta, más bien se describen sensaciones atribuibles al espacio, así como piezas de mobiliario y algunos objetos decorativos que serán abordados en el Capítulo 2. La casa Dalloway posee las características de las viviendas típicas londinenses de alta clase social de la época. Por ejemplo, se describe un “fresco vestíbulo” que tiene unas “escaleras” (26) que llevan hacia la segunda planta en la que se encuentra el salón principal. Posee un ático y ahí se encuentra la, anteriormente mencionada, habitación de Clarissa. Por lo que podemos concluir que la vivienda cuenta con al menos tres plantas. La ubicación exacta de la casa no se entrega, aunque la caminata matutina de la protagonista tiene lugar en Bond Street y las tiendas que ahí se encuentran, y como ella sólo camina por esa calle hasta volver a su hogar, podemos inferir que la casa de los Dalloway se ubica en el mismo barrio, el cual es conocido por ser un barrio comercial de Londres, lo cual también se aborda en la novela.

1.3 Los espacios intermedios en la novela

La novela *La señora Dalloway* posee algunos espacios que se pueden considerar como intermedios, los cuales transitan más evidentemente entre la dimensión objetual y el lado emocional de los objetos y los personajes, de tal manera que logran aportar un sentido oculto a la narración y pueden funcionar como movilizadores de acontecimientos. El primero de ellos corresponde a una ventana que se encuentra en la parte superior de la escalera de la casa de Clarissa Dalloway, la que se torna bastante relevante, ya que la luz

del sol que entra a través de ella participa del ambiente e invade el interior doméstico durante la mañana previa a la fiesta, entregando aún más energía a una vivienda que se encuentra en movimiento dado el ajetreo que ocasiona el preparar el espacio para la celebración.

Gaston Bachelard, en el capítulo “La dialéctica de lo de dentro y de lo de fuera” de su ensayo *La poética del espacio* (1957), plantea que la dualidad que se piensa, generalmente en la literatura, sobre lo de dentro y lo de fuera, funda una alienación entre ambos términos. Por esto, propone que se deben evitar los "conglomerados verbales" (188), refiriéndose a que no se deben percibir ambos términos como algo exclusivamente separado, ya que el espacio interior y exterior están en constante diálogo, por lo que es más provechoso percibirlos como dos espacios que son diferentes pero que fluyen bilateralmente. Asimismo, Clarissa logra que converjan ambos espacios (lo de dentro con lo de fuera) a lo largo de la acción, en donde ventanas y terrazas cobran especial protagonismo. Un claro ejemplo de esto es cuando Clarissa recibe la visita de su antiguo amigo Peter Walsh, y este, al mirar a través de la ventana, recuerda:

Se había levantado, y cruzando la estancia, quedó apostado junto a la ventana, donde estaba ahora en pie, de espaldas a ella, agitando en el aire, de un lado para otro, un pañuelo de hierbas. Tenía un aspecto magistral, seco y desolado [...] Llévame contigo, pensó Clarissa impulsiva, como si en aquel instante se dispusiera Peter a emprender un gran viaje; y entonces, en el instante siguiente, fue como si los cinco actos de una sola obra teatral muy excitante y conmovedora hubieran terminado, y Clarissa hubiera vivido toda una vida en transcurso, y hubiera huido, y hubiera vivido con Peter, y ahora todo hubiera terminado (65).

Este fragmento refleja los espacios intermedios de la casa que tienen un diálogo con el exterior, en este caso la ventana, que por su naturaleza está pensada para mantener un flujo entre lo que pasa dentro y lo que pasa fuera y, por lo tanto, mantiene a Peter en este mismo vaivén en la escena; inalcanzable, pero a la vez es una pieza importante de la intimidad de la protagonista, porque ella quiere mantenerlo y decirle “llévame contigo”. La narración de esta escena es un punto intermedio también, puesto que Peter recuerda pero se mencionan los pensamientos que Clarissa mantuvo en ese entonces, como si ella también hubiera sido arrastrada a ese recuerdo común. En esta escena se puede identificar

muy claramente lo que plantea Albala Levy respecto del “mosaico arraigado de innumerables perspectivas” (22), ya que según menciona, la narración de Woolf en la novela nos entrega una primera persona simultánea, tal como ocurre en el recuerdo mencionado, ya que se está contando desde dos puntos de vista al mismo tiempo, lo cual logra que sepamos de una manera muy completa lo que ocurrió en la escena. De pronto, Clarissa siente cómo pasan los años y retorna a la realidad y a todo lo que no fue, ambos son parte de una escena y por medio de la ventana viajan al pasado sin comunicárselo entre sí. Esto porque además Walsh representa un punto intermedio en la vida de Clarissa, ya que él es un amigo cercano desde la infancia y compartieron un sentimiento de amor pero, al mismo tiempo, es un hombre viajero cuyas visitas son intermitentes en el tiempo y que suele enamorarse de otras mujeres en sus estancias lejos de su hogar.

Por otro lado, es relevante tener en cuenta lo que María Teresa Zubiaurre plantea en el capítulo “La ventana: intersecciones, miradas, perspectivas” de su libro *El espacio en la novela realista* (2000), el que resulta muy afín a la escena mencionada previamente, ya que nos explica la función que, usualmente, las ventanas mantienen dentro de la narración:

El lector sabe que el personaje femenino asomado a la ventana no es buen introductor de nuevos temas o de espacios desconocidos y sorprendentes. Pero sabe también que las estampas de siempre, esos monótonos “espacios con marco”, se abren, con frecuencia, al otro paisaje, panorama vastísimo, del alma, del ensueño y del recuerdo (378).

El fragmento anterior aborda la dimensión intermedia de la ventana, ya que puede unir una escena con otra que describe un recuerdo, tal como sucede en la novela con el que protagonizan Clarissa y Peter, ya que esta “se convierte en mediador y en espacio puente que conduce a otros paisajes de la imaginación y el recuerdo” (Zubiaurre 381). Además, Zubiaurre aborda la relevancia que tiene este objeto para los personajes femeninos, ya que esta refleja su tendencia a interiorizar en sus pensamientos, principalmente con connotaciones negativas como el adulterio. Más adelante, ejemplifica con *Madame Bovary*:

Madame Bovary mantiene a lo largo del texto, un silencioso diálogo con esas otras ventanas que se defienden contra el exterior. Al instante del

ensueño y de la interiorización espiritual, instante simbolizado en la ventana abierta, le siguen raros y felices momentos de exteriorización de los sentimientos y de apasionadas confesiones amorosas (384).

Zubiaurre menciona que una ventana en el espacio narrativo sirve como una especie de portal hacia las emociones más profundas de sus personajes femeninos. Si bien en la escena de *La señora Dalloway* quien es primeramente transportado hacia el recuerdo por medio de la ventana es Peter, este recuerdo sí refleja un deseo de adulterio y un amor correspondido hacia un hombre que parecía estar olvidado en el pasado. El espacio intermedio puede calar muy hondo en el mundo interior de los protagonistas, porque incluso esta es la única escena en que se mencionan sentimientos tan íntimos por parte de Clarissa hacia Walsh.

Otro punto intermedio significativo que posee el hogar de los Dalloway es la extensa escalera que funciona como un punto de unión entre la planta baja y alta de la casa, a través de la que fluyen sonidos, luz y pensamientos. Me parece que, a partir de las escenas en que la señora Dalloway necesita tiempo a solas y se dirige a su habitación mientras sube la escalera, por ejemplo, después de leer el bloc del mensaje que Lady Bruton deja para Richard Dalloway, o el momento en que se entera del suicidio de Septimus Warren Smith, es posible proponer que el juego con el arriba y el abajo que emprende la escalera es similar a aquel que cultiva Woolf a través de la corriente de la consciencia, recurso que le permite al narrador estar dentro y fuera de la mente de los personajes, tal como la protagonista circula entre el espacio público y el privado. Clarissa Dalloway comparte con personas ajenas pero necesita privacidad, entonces acude a la escalera para ir a su habitación. Este punto intermedio representa un pasadizo entre dos ambientes que están pensados como antónimos, pero convergen de manera muy simple, el adentro y afuera de la mente, el espacio público y el espacio privado. La vida social y, como diría Perrot, el derecho al secreto.

Este hogar se encuentra cargado de emocionalidad y constantemente nos está entregando perspectivas internas y externas (sensitivas y materiales) de sí mismo y sus habitantes. De este modo, se puede observar cómo la casa, el ánimo que esta posee, el mobiliario y los adornos no son más que una prolongación de la misma personalidad y mundo interior de sus habitantes pero, en particular, de la protagonista.

Finalmente, necesitamos comprender que la novela hace hincapié en estos puntos intermedios, y es por esto que Clarissa es capaz de crearlos, entabla un diálogo entre el adentro y el afuera, sale a comprar flores para la fiesta –pudiendo haber enviado a Lucy, la sirvienta–, también cumple con encargos domésticos y se relaciona con quienes allí se encuentra, aunque siempre con mesura, ya que el gran acto de mostrarse lo realiza dentro de su propia casa.

Capítulo 2: Muebles y decoración

2.1 Mobiliario

En una mañana de junio, Clarissa Dalloway retorna a su casa luego de una caminata por Bond Street que la llevó a comprar flores para la fiesta que dará esa misma noche. Al entrar, el primer contacto que Clarissa mantiene con el mobiliario de su casa corresponde a la mesa del vestíbulo que tenía un bloc con un mensaje telefónico en el que decía: “Lady Bruton desea saber si el señor Dalloway puede almorzar con ella hoy” (21). Inmediatamente la invade un profundo sentimiento de celos y se pregunta por qué no la invitó a ella también al almuerzo. Este mensaje representa una irrupción a su intimidad, la posibilidad de que algo esté pasando en su matrimonio por causa de una intrusa, ya que la nota aparece de manera repentina. Es necesario prestar atención a este acontecimiento, ya que Lady Bruton es una de las invitadas a la fiesta, como si la anfitriona no estuviese dispuesta a ser invadida sin aviso, sino que ella debe mantener el control sobre quién y cómo entra a su espacio íntimo.

A lo largo de la novela, la mayoría de los detalles respecto a sonidos, luces, adornos y mobiliario que se mencionan pueden representar una extensión de la personalidad de Clarissa. Se puede observar esto en el episodio en que Clarissa sube las escaleras después de leer el bloc de notas:

Es raro el modo en que la dueña de una casa⁵ conoce el instante por el que la casa pasa, su humor del momento. Leves sonidos se elevaban en espiral por el hueco de la escalera: el murmullo de un paño mojado, un martilleo, golpes con la mano, cierta sonoridad cuando la puerta principal se abría (26).

El fragmento anterior alude a que la señora de la casa mantiene una relación con su hogar, en la que conoce vastamente hasta las emociones que dominan su espacio en determinados momentos, ya que estas suelen ser las que le invaden a ella misma. La casa y su dueña se fusionan y todo el espacio material se vuelve emocional y toma un significado diferente; por eso tiene “humor”, participa en las dinámicas que sus participantes y no solo porque es el lugar que estos ocupan, sino que las barreras entre lo

⁵ La edición original en inglés usa la palabra *mistress*, por lo que el rol de Clarissa se asociaría mejor a un contexto en que es dueña de la situación y no una *housewife* (que sería el equivalente a dueña de casa en español).

material y emocional se disipan. Al mismo tiempo, los artefactos que ahí se encuentran son capaces de conmover a la protagonista y viceversa, de modo que existe un diálogo constante entre el espacio doméstico de esta y su mundo interior.

En cuanto a la emocionalidad de un hogar, existe un objeto que, más adelante, cobrará especial importancia dentro de la obra: el sofá azul de la sala de estar. Dicho mueble participa de un imaginario marino, este posee un raído almohadón, lo que llama la atención dado que es una casa que tiene recursos y está repleta de artefactos relucientes. ¿Por qué tendría un almohadón viejo en una zona que atrae tantas miradas? Probablemente esto cobra sentido cuando, posterior a la lectura del bloc, Clarissa comienza a preparar un vestido verde que usará esa noche en la fiesta, en el momento en que Peter Walsh, quien fue su amor en la juventud e incluso llegó a proponerle matrimonio, entra en escena. Si bien el rechazo a esta propuesta por parte de la protagonista ocasionó que Peter emprendiera innumerables viajes por el mundo (por lo que llevaban años sin verse, como fue mencionado más arriba), Walsh y Clarissa mantienen mucha confianza entre sí y comparten una larga amistad. A continuación, se relata el momento previo a la entrada de Peter:

Qué lástima — dijo, cogiendo el almohadón raído que estaba en medio del sofá y poniéndolo en manos de Lucy gritando — : ¡Lléveselo! [...] Y Lucy [...] preguntó si podía ayudarla a remendar el roto del vestido. [...] La paz envolvió a Clarissa, la calma, la satisfacción, mientras la aguja, juntando suavemente la seda de elegante caída, unía los verdes pliegues y los cosía, muy lentamente, a la cintura. De la misma manera que los días de verano y las olas se juntan (54).

Este fragmento demuestra cómo Clarissa trata de esconder el almohadón que desentona con la sofisticación de la sala, por lo que su condición raída y usada dialoga con la confianza que Peter le entrega a Clarissa, ya que una vez sale este objeto, Walsh entra en escena, como si no pudiera esconder esta especie de complicidad antigua que él le provoca, Clarissa trata de esconder el almohadón, pero Peter aparece. Por otro lado, es relevante que la protagonista se encuentra remendando el vestido verde, porque esto simboliza antigüedad y alude a su mundo interior, puesto que mientras lo realiza es invadida por un sentimiento que evoca al mar, lo que representa el lado emocional de Clarissa. De algún modo, el narrador nos muestra que Peter Walsh representa la comodidad antigua que Clarissa necesita para repararse a sí misma.

2.2 Objetos decorativos

La fiesta es el espacio de reunión social en que la casa de la señora Dalloway se abre hacia el mundo. Los objetos decorativos que se encuentran aquí comparten protagonismo en la novela, nos entregan mensajes ocultos respecto de lo que realmente está sucediendo en el momento, nos ayudan a leer entre líneas e incluso a adelantar acontecimientos:

tintineo de la plata sobre una bandeja. Plata limpia para la fiesta. Todo era para la fiesta. Y Lucy, entrando en la sala con la bandeja en las manos, puso los gigantescos candelabros en la repisa del hogar, con la urna de plata en el medio, y orientó el delfín de cristal hacia el reloj (26).

El fragmento anterior describe algunos de los artefactos decorativos que se arreglan y ubican minuciosamente para la fiesta. Las bandejas de plata son representación de una clase social alta, todo debe estar reluciente porque la casa se está preparando para ser mostrada y con esto exhibir también, entre otras cosas, el poder adquisitivo de sus ocupantes.

Por otro lado, los delfines son comúnmente conocidos como símbolo de la amistad. El delfín de cristal apunta hacia el reloj como un guiño hacia las escenas que vienen: las antiguas relaciones amistosas de Clarissa que destacarán durante la jornada, ya que no sólo está el reencuentro con Peter Walsh, sino que también con Lady Rosseter, quien solía llamarse Sally Seton y ser una amiga muy cercana a Clarissa, con quien incluso tuvo un pequeño encuentro amoroso.

Además, como se mencionó anteriormente, durante los preparativos para la fiesta, mientras se encuentra cosiendo el vestido verde, la invade un sentimiento de marea, de oleaje, lo que dialoga con el delfín de cristal, el color del vestido y el azul del sofá. Con esto se insiste en el imaginario marino referido más arriba, lo cual también representa el lado sensible que tanto la protagonista como la casa Dalloway poseen, queriendo mostrar una emocionalidad inestable y tambaleante, tal como el ánimo de Clarissa durante el día. Una vez más los elementos en su casa reflejan una prolongación de su mundo interno y sus emociones. Finalmente, la apariencia de Clarissa en la fiesta, cuando usa el vestido, se describe de la siguiente manera:

Llevaba pendientes y un vestido de sirena, verde plata. Flotando sobre las olas y balanceando la melena parecía tener aún aquel don: ser, existir,

reunirlo todo en el instante al pasar; giró, se enganchó el echarpe en el vestido de otra mujer, lo desenganchó, río, lo hizo todo con la más perfecta soltura y con el aire de un ser flotando en su elemento (229).

Esta descripción corresponde al momento en que la protagonista recibe al primer ministro y se pasea junto a él en la fiesta, todos los componentes están colaborando con el imaginario marino que se mencionaba, pero ya no para mostrar solamente la emocionalidad de la casa sino el aspecto místico e inigualable que posee la señora Dalloway, ya que parece ser que todas las piezas de su vestimenta y entorno colaboran para su propia soltura y comodidad, de las que ella tiene el control absoluto. Antes de que lleguen los invitados, la protagonista se sentía “clavada como una estaca en lo alto de la escalera” (225), otorgando una apariencia solemne. Continúa el juego con lo marítimo: Clarissa se veía como una sirena, parece ser el mascarón de proa, todos admiran su belleza mientras abre caminos por aguas tormentosas para enseñarle nuevas formas de ocupar espacios a otras mujeres.

De este modo, la protagonista logra restablecer las relaciones de poder y reivindicar el lugar femenino dentro de la novela. La misma Virginia Woolf, en su ensayo titulado *Una habitación propia*, plantea la relevancia de que cada mujer pueda poseer su propio espacio, reconociendo que existe una relación entre el lugar que habitamos y el poder que se nos otorga, ya que es diferente ocupar la habitación de alguien más a tener una propia, dado que el espacio físico es una fuente de poder en las relaciones interpersonales, por lo que el habitar un sitio personal, es una forma de empoderamiento, particularmente para las mujeres que no han logrado poseer ni siquiera su propio dinero:

En primer lugar, [las mujeres] no podían ganar dinero y, en segundo lugar, de haber podido, la ley les negaba el derecho a poseer el dinero ganado. Solo en los últimos cuarenta y ocho años la señora Seton ha podido disfrutar de un penique propio. En todos los siglos anteriores, su dinero habría sido de su marido (27).

En la cita anterior la autora reflexiona en torno a la paupérrima situación económica femenina. Expone que, desde antaño, los hombres han sido los únicos encargados de administrar el flujo del dinero en el matrimonio, por lo tanto, continúa reflexionando que tal vez esto tuvo que ver con la poca participación de las mujeres en los diferentes negocios, ya que no tendría sentido esforzarse tanto por algo que no dará fruto. A lo largo

de todo este ensayo, Woolf invita a revertir la situación y ocupar los espacios públicos y proteger los espacios privados, para que de esta forma el poder, que ha sido arrebatado, retorne a manos femeninas. Por lo tanto, no es casual que las referencias marinas que colaboran para entregarnos la imagen de Clarissa Dalloway como un mascarón de proa que abre caminos, estén tan presentes en la novela *La señora Dalloway*.

Capítulo 3: Intimidad y fiesta

3.1 El espacio íntimo de los habitantes de la casa Dalloway

La casa de los Dalloway es una extensión de Clarissa, su dueña. Esto ha quedado en evidencia en los puntos anteriores, pero necesitamos ahondar en el hecho de que, como tal, también representa el verdadero ser, el mundo interno y la intimidad de la protagonista. José María Desantes en su conferencia *El derecho fundamental a la intimidad* reflexiona en torno al significado del concepto de intimidad y de qué manera este se relaciona con otros aspectos jurídicos, aunque no indagaremos más en esto, sino nos quedaremos con la manera en que el propio conferencista define dicho concepto, en donde declara que la intimidad corresponde al momento en que un individuo se queda solo y accede a su propio mundo interior, al que otros no tienen acceso sin que este lo permita.

Es por esto que abrir un espacio de esta intimidad significa exponerse, por lo tanto, todo para la fiesta debe estar en perfecto estado, la casa se prepara para recibir visitas, pero Peter Walsh llega de imprevisto, después de años de ausencia, irrumpiendo anticipadamente en la intimidad de la protagonista. Simplemente aparece una aleatoria mañana que coincide con un día muy ajetreado para Clarissa. Esto es porque Walsh, aunque no sea residente permanente de la casa, representa la parte más íntima de la señora Dalloway. Ambos poseen un vínculo sumamente estrecho, como se sugiere en el momento en que ambos conversan sobre el transcurso de sus vidas durante los últimos años, que se observa en esta cita:

como si él hubiera puesto una bolita gris en una bandeja, y se hubiera alzado un hermoso árbol en el salado y puro aire de su intimidad (ya que, en cierta manera, nadie le entendía tan bien, nadie sentía tan al unísono con él como Clarissa), su exquisita intimidad (63).

El fragmento anterior menciona este estrecho vínculo que ambos comparten, les permite comunicarse sólo con miradas, por esto Peter llega sin avisar. Apenas está en Londres corre a ver a Clarissa; su Clarissa. Aunque ambos sean tan diferentes porque mientras ella es “la perfecta señora de sociedad” (65), Peter es un aventurero y enamorado viajero, quien aprecia las cosas simples de la vida y no posee grandes lujos, parecen ser dos partes

contrarias de una misma persona, ya que cada uno representa para el otro algo que miran con desdén pero que en el fondo de sus corazones quisieran ser:

Siempre tuvieron esa extraña facultad de comunicarse sin palabras. Cuando él la criticaba, ella se daba cuenta enseguida. Entonces hacía algo muy evidente para defenderse, como ese jaleo con el perro —pero Peter nunca se dejaba engañar; siempre le adivinaba las intenciones a Clarissa. Y no es que dijera nada, por supuesto; se limitaba a callar, adoptando una expresión seria. Así es como empezaban sus peleas muchas veces (81).

Peter y Clarissa discrepan en muchos puntos, tienen un sinnúmero de discusiones y parecen percibir la vida de maneras muy diferentes, pero a ella le llaman la atención e incluso siente celos de las aventuras de él, aunque se esfuerce por demostrar lo contrario. Mientras Walsh, por su lado, envidia la capacidad que Clarissa tiene de relacionarse con los demás, de agrandar, en ocasiones menciona lo mucho que le fascina “elegir y gustar” (209), como cuando tuvo una cena con los Morris y fue completamente admirado. “Peter Walsh nunca sabía lo que la gente pensaba” (208) y eso es lo que envidia de Clarissa, ella siempre sabe qué decir, sabe relacionarse a la perfección con los miembros de la alta sociedad londinense. Ambos desdeñan lo que el otro tiene porque saben que es lo que a ellos mismos les falta. Como revisamos en el capítulo anterior, la narración describe muchos aspectos de la casa que se relacionan con Peter Walsh, dado que él representa los verdaderos anhelos de Clarissa; los viajes, las aventuras, la inconstancia y el no tener que encajar. Mientras que la protagonista, por su parte, representa el deber ser.

La manera en que los Dalloway habitan en su espacio íntimo y se relacionan entre sí, ya nos da indicios de una de las ideas que la novela busca retratar: la libertad femenina. Esto debido a que en las relaciones interpersonales de los habitantes de la casa, se puede apreciar que la relación que la protagonista mantiene con su hija y su marido es sumamente moderna, ya que no se muestra a la típica dueña de casa totalmente entregada a la vida familiar y viviendo sólo para ellos. Cada uno tiene una vida independiente del otro, y la relación es liviana, enriquecedora, muy parecida a los vínculos que se buscan establecer en la actualidad, un siglo después. Por un lado está Richard, quien no entiende las prioridades de su mujer pero tampoco las cuestiona, busca complacerla y de hecho llega inesperadamente con flores después de su almuerzo con Lady Bruton, lo cual puede ser un detalle insignificante pero la protagonista sabe muy bien que esa es su forma de

demostrarle amor: “pero Richard no consiguió decirle que la amaba [...] pero qué hermosas, dijo Clarissa [...] había comprendido sin necesidad de que él hablara” (156). En cuanto a Elizabeth, como se menciona en el apartado que se puede encontrar antes del análisis, es muy diferente a su madre tanto físicamente como en personalidad, porque quiere ejercer alguna profesión masculina y se aventura a conocer espacios recónditos de la ciudad. Además, no le parecen relevantes las apariencias ni su propia belleza, ya que aprecia mucho más la intelectualidad, tema en el que Clarissa, si bien es inteligente, no está tan interesada. Clarissa permite que Elizabeth explore su mundo, Richard permite que ambas mujeres que conforman su familia, sean capaces de tener espacios íntimos y privados, como la lectura para Clarissa o el tiempo con la señorita Kilman, su institutriz, para Elizabeth.

Hacia el final de la novela, se encuentra un quiebre abrupto: Clarissa se entera del suicidio de Septimus Warren Smith, un veterano de guerra que decide saltar por la ventana después de un largo episodio depresivo a causa de su participación en la Primera Guerra Mundial. La noticia llega a los oídos de la protagonista porque en la fiesta Lady Bradshaw le comenta sobre el suceso, y una vez que Clarissa se entera de esto, huye. Este acontecimiento es muy relevante para la acción, ya que nos muestra cómo la protagonista es capaz de transitar entre lo íntimo y lo público de un momento a otro. Dicho suceso cala muy hondo en ella, puesto que, en una jornada que hasta entonces había sido perfecta, es muy difícil comprender que alguien muriera, le parecía “un castigo ver desaparecer a un hombre [...] mientras ella estaba obligada a permanecer aquí con su vestido de noche” (245). Esto porque el suicidio de aquella persona tan ajena a sí le muestra, de alguna forma, las ganas que tiene ella misma de suicidarse. Por esto, Clarissa decide refugiarse en su habitación, su lugar seguro, su verdadera y anhelada intimidad. Pero una vez que se encuentra a solas en su cuarto, la protagonista comienza a observar desde su ventana, intensificando las ganas de acabar con su vida. Resulta relevante mencionar que la crítica ha leído a Clarissa Dalloway y Septimus como dobles, por esto muchos análisis se han centrado en la enfermedad mental de la protagonista que se puede evidenciar en esta escena. Como ejemplo tenemos a la ya antes mencionada en el estado de arte de esta tesina, Malena Ferranti, quien propone a *La señora Dalloway* como el reflejo del estado psicológico de Virginia Woolf, aunque en esta ocasión no abordaremos esta temática en

más profundidad, dado que se escapa de los intereses de este análisis⁶. Luego de que Clarissa mira a través de su ventana, identifica la ventana del frente, donde vive una señora anciana y declara que “era fascinante, con gente todavía riendo en el salón, contemplar cómo aquella vieja, tan serenamente, se disponía a acostarse sola” (246). Es probable, incluso, que imagine la ventana a través de la que Septimus se lanzó al vacío. Esta cita refleja la admiración de la protagonista hacia una mujer mayor y empoderada, que se pasea por su habitación y llega a dormir sola. La imagen de la anciana se contrapone con la de Septimus, ya que ella le muestra a la protagonista otro punto de vista: la decisión de vivir la vida hasta el final. Clarissa la admira y se ve a sí misma reflejada en la anciana, la vieja mujer le otorga esperanza y vitalidad a la protagonista.

3.2 Fiesta

La palabra fiesta, en inglés *party*, posee un doble significado. Por un lado el ya mencionado festejo pero, por otro, también significa partido, lo cual tiene relación con su origen etimológico, ya que viene del latín *partire/partiri* que significa porción. De esta forma, celebrar una fiesta también tiene relación con formar parte y con tomar parte de algo. Existe un interés humano innato por formar parte de un grupo específico, y a veces formar parte de algo implica una movilización, un tomar parte y, en especial en el caso de la anfitriona, esta movilización está, entre otras cosas, en pro de formar parte de su círculo social, lo que se puede apreciar por el nivel sofisticado de preparación para la fiesta, ya que contratan servidumbre extra para estos preparativos, la comida es exquisita, los asistentes son de alto nivel, llega la alta sociedad londinense y asiste el primer ministro, quien es la autoridad que le procede inmediatamente a la corona británica.

La fiesta es el eje principal de esta novela. “Todo era para la fiesta” (26), declara el narrador. Pero la celebración que se lleva a cabo en sí, solamente corresponde al cuarto final del libro. Esto tiene relación con lo que plantea Auerbach y se esclarece en el marco teórico de esta investigación, el hecho de que los acontecimientos relatados no tienen relación directa con el transcurso lineal del espacio tiempo de la novela, aunque también, a mi juicio, con que la autora busca plantear una conexión más profunda con este tipo de eventos que están, primeramente, pensados para el disfrute. Me parece, en primera

⁶ Uno de los textos que aborda este tema más profundamente es “Septimus and His double: Psychological chaos in *Mrs. Dalloway* of Virginia Woolf” de Harinder Kaur, el que analiza la neurosis que atraviesa Septimus como doble de Clarissa Dalloway, planteando que ambos son personajes que han sido desplazados porque han sufrido un trauma.

instancia, necesario observar la manera en que los asistentes se comportan durante la fiesta, ya que nos ayudarán a comprender mejor las revolucionarias intenciones de la autora. Hay detalles que Virginia Woolf presenta como una simple pincelada pero nos está entregando un sólido mensaje y, en este punto, se logra apreciar más fuertemente el norte de esta investigación, ya que Clarissa Dalloway busca reivindicar el poder femenino en esta fiesta, otorgándole a sus invitadas una nueva manera de ocupar el espacio.

La casa Dalloway está impecable. Lucy, una trabajadora permanente, ajusta los últimos detalles, estira un leve pliegue en la alfombra y se prepara para recibir a los invitados. Comienzan a entrar estupendas señoras con unos abrigos muy costosos de finas pieles. La señora Parkinson, “contratada para las fiestas” (219), las recibe en compañía de la vieja señora Ellen Barnet, quien las vio crecer a cada una de ellas, lo que demuestra que se pertenece a este círculo social desde antaño. Por otro lado, los personajes masculinos esperan: “y el vestíbulo estaría rebozando de caballeros esperando (esperaban en pie, alisándose el cabello), mientras las señoras se despojaban de sus capas en la estancia que se abría en el pasillo, donde la señora Barnet las ayudada” (219). El fragmento anterior representa un entrecruzamiento con líneas que se presentan al inicio de la novela, en donde se menciona que las mujeres deben tener un espacio privado tanto para la lectura como para “despojarse de sus ricos atavíos” (44). No es casual que se presente esta escena, tocando el mismo tema, cuando comienza la fiesta, que tiene lugar en el último tramo de la novela, ya que de este modo el narrador busca que dialogue el espacio privado de Clarissa con el espacio público que están ocupando las invitadas. Que las asistentes se quiten sus abrigos funciona como una invitación a que se liberen, se despojen, se quitan los abrigos como metáfora de quitarse las presiones sociales y la carga que las apariencias les provocan. Esto porque la fiesta tiene lugar en junio, se encuentran en vísperas del verano y las pesadas ropas no se están usando por practicidad, sino que por protocolo, lo que destaca aún más la acción de desvestirse. Esto ocurre mientras los caballeros están esperando como suspendidos en el tiempo, sin saber qué hacer, arreglándose el cabello. Las imágenes que se nos entregan pretenden dar protagonismo a las asistentes, la descripción de “la estancia que se abría en el pasillo” invita a pensar en el camino hacia un escenario, como si de una obra de teatro se tratase, donde las mujeres toman el rol protagonista. Esto nos revela las intenciones de la anfitriona, de esta manera está empoderando a sus invitadas, por eso en algún momento del relato se siente muy enojada porque la presionan a invitar a una mujer que ella no quería. Es muy relevante

que ella escoja a quienes asisten, porque hay algo que les quiere otorgar: la posibilidad de empoderarse.

Una vez que los preparativos de la fiesta terminan, la celebración en sí comienza, y todo el espacio de la fiesta se muestra abierto: “Clarissa había transformado su salón en una especie de punto de reunión, tenía especial talento para ello” (103). La sensación en la fiesta es confortable, aunque solemne, dotada de prestigio, todo sale a la perfección desde el punto de vista de los invitados. Clarissa y las mujeres asistentes están dotadas de protagonismo, los acontecimientos parecen espontáneos, pero lo que allí ocurre ha sido sigilosamente premeditado, ya que más de la mitad de la novela aborda mayoritariamente los preparativos para esta celebración. La disposición de los muebles busca favorecer la comodidad y el desplazamiento de los invitados, el confort se observa también en la comida, ya que si bien es una fiesta de alto nivel y la preparación se describe exquisita, corresponde a lo siguiente: sopa de entrada, salmón de plato de fondo y pastel para el postre. Comidas cotidianas dentro de la novela, puesto que, según Salmon Scotland⁷, el salmón se cultivaba en Escocia desde 1890, por lo que su consumo en el Reino Unido ya era cotidiano en la época. Estas comidas frecuentes están puestas en un contexto diferente, por lo cual Clarissa Dalloway quiere contarnos que en eso consiste una fiesta, en resignificar una comida, un espacio, una casa.

De este modo, la protagonista consigue que el espacio doméstico, que como sabemos, se ha destinado, mayoritariamente, como motivo de claustro femenino, sea la fuente de la liberación de estas, que las personajes secundarias de las historias masculinas se vuelvan las protagonistas de sus propias historias, así es como Clarissa Dalloway resignifica el espacio y empodera a los personajes femeninos dentro de la novela. La protagonista, por medio de esta celebración, nos invita a comprender la vida desde nuevos puntos de vista.

⁷ Una de las principales empresas exportadoras de salmón del Reino Unido.

Conclusiones

La señora Dalloway es una novela adelantada a sus tiempos. Me parece que la crítica que Virginia Woolf lleva a cabo a través de ella resulta muy sofisticada ya que, a primera vista, puede pasar totalmente desapercibida. Para poder descifrarla, fue necesario prestar atención a diferentes detalles que se entregan en la narración y analizar de qué manera dialogan entre sí. Por ejemplo, el imaginario marino que se expone entre líneas por medio de colores verdes y azulados, un delfín y Clarissa puesta como una sirena en un mascarón de proa. Son descripciones que no se logran interpretar en una primera instancia, pero que al hacerlos dialogar, logramos observar que nos hablan del mundo interno y emocional de los personajes y de la casa Dalloway.

Por otro lado, se logra observar que las mujeres de la novela se contraponen en todo momento con la imagen que los hombres mantienen sobre ellas, a menudo estos les subestiman y enjuician, particularmente en el caso de Peter Walsh, quien se muestra sumamente crítico hacia los personajes femeninos que le rodean; Elizabeth, su amorío de India, y, particularmente, Clarissa. De este modo, los sujetos femeninos dentro de la obra logran florecer a pesar de esta visión masculina, enfrentándose con la imagen que ellos perciben. Ya que, como vimos en una parte de esta investigación, Elizabeth, a pesar de ser percibida como guapa y carente de intelecto por Walsh, posee una gran inteligencia y es sumamente audaz. Clarissa, por su parte, también se ve reducida a una señora de sociedad simplista por parte de Peter, pero la realidad es que su comportamiento reflejado, tanto en la manera de ocupar el espacio, como en la manera en que se relaciona con los demás, está muy lejos de ser simple. Clarissa crea relaciones muy complejas con sus cercanos y ocupa su propia casa y otros espacios de manera muy particular. Esto se refleja en la fiesta y lo que, por medio de esta investigación, pudimos observar que la motivan a movilizarse en pro de esta y sus invitadas: la reivindicación del poder femenino.

La protagonista significa una amenaza para el orden social y convencional, sobre todo para el religioso, por esto personajes como, por ejemplo, Doris Kilman le critican de manera tan fuerte. Muy probablemente, la autora creó este personaje para materializar la voz intransigente de la sociedad hacia el rol femenino; el no permitirse placer, ser fanática religiosa y juzgar lo que cataloga como disfrute excesivo en Clarissa, que corresponde a comodidades típicas de su clase social, ya que en la obra no se muestra a la protagonista como una derrochadora excesiva.

La arquitectura de la casa de Clarissa nos muestra la intención de elevar la figura femenina y su enriquecimiento personal, por esto su habitación se encuentra en la cima de esta. La protagonista está conectada con su espacio material y, a través de este, se empodera y dedica tiempo a sí misma; se desnuda, descansa y lee. La intención de Clarissa Dalloway consiste en resignificar espacios cotidianos y mostrarnos que estos pueden ser ocupados de maneras totalmente diferentes a lo que acostumbramos, y ahí alberga la relevancia de la fiesta para la novela, tomar un espacio de uso diario y transformarlo totalmente para un uso nuevo, una comida cotidiana en un contexto sofisticado, un espacio íntimo que es transformado en uno público, el poder masculino que puede ser trasladado a manos femeninas. Además, su habitación es la forma de reclamar el derecho al secreto que expuso Michelle Perrot y que también se abordó al inicio de esta investigación.

Las personajes femeninas en la obra cumplen con varios estereotipos, aunque son mucho más que eso, puesto que tienen conciencia sobre sí mismas. Podemos dar cuenta de esto, porque algunos personajes secundarios demuestran saber la “futilidad de su condición de mujer” (Woolf 146), y la autora está constantemente dejando detalles para hacernos entender que el escenario de la fiesta está para reivindicar el poder femenino. Esto se observa en que la entrada a la fiesta es una invitación a ocupar los espacios desde otras perspectivas, las mujeres se quitan los abrigos como metáfora de quitarse las presiones sociales, quitarse la carga que las apariencias les provocan.

El mobiliario y la decoración participan en propuestas rebeldes para su contexto. Por una parte, Clarissa se cuestiona el rol de la madre dueña de casa mientras que, por otra, nos revela las intenciones que alberga una mujer que bordea los cincuenta años; despojarse de imposiciones sociales y disfrutar, algo que la sociedad suele olvidar respecto a mujeres madres y/o de mediana edad, lo que se va revelando en la novela a través de mensajes ocultos bajo el espacio material y sus objetos decorativos. Lo anterior dialoga con el concepto de empoderamiento femenino que se expuso en el marco teórico de esta tesina, ya que como se planteó en la sección mencionada, Simone de Beauvoir expone que existe una relación estrecha entre la manera en que un espacio se ocupa y el poder que se obtiene de este. Por esto Clarissa se desenvuelve en su propia casa de una manera enaltecida.

Otro hallazgo que podemos contemplar en esta tesina, consiste en la idea de que Virginia Woolf crea a Clarissa Dalloway para entregarnos una figura femenina convencional, estereotipada y aceptada, ya que esta representa el deber ser, pero solo

para así camuflar ideas rupturistas por medio de esta mujer de clase alta, con apariencia divina y que emula una sirena e invita a todas estas personas a su fiesta para mostrarle a las mujeres que la vida también puede ser diferente. En ese sentido, resulta relevante complementar la lectura de esta novela con el ensayo *Una habitación propia* de la misma autora, ya que, como es de esperarse, sus ideas están entrelazadas.

Finalmente, una de las posibles proyecciones de esta tesina sería, en un futuro, emprender un análisis en mayor profundidad de personajes que, si bien no participan de manera directa en el eje principal de la novela (la fiesta), sí nos anuncian ideas que no se profundizaron en esta investigación. El primero de ellos corresponde a Lucrezia Warren Smith, la mujer de Septimus, quien se enfrenta a una liberación tras la muerte de su amado, ya que este la mantenía atrapada en una vida de agonía. El segundo personaje que podría ser objeto de análisis en esta investigación corresponde a Sally Seton, la amiga de Clarissa, quienes tuvieron un amorío en la juventud. La protagonista podría estar cuestionando las normas establecidas en torno a las relaciones amorosas; ya sea la monogamia o la heterosexualidad. Me parece que estos personajes entregan material suficiente para extender esta investigación y mirar, desde otras perspectivas, lo que Virginia Woolf quiso proponer.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Woolf, Virginia. *La fiesta de la señora Dalloway*. Random House Mondadori, 2014.
- . *La señora Dalloway*. Debolsillo, 2016.
- . *Una habitación propia*. Editorial Alma, 2022.

Fuentes secundarias

- Albala Levy, Eliana. “El modo narrativo de *La Señora Dalloway*: encubrimiento y paradoja”. En *Lluvia de Letras*. Tomo I. Libro colectivo de la Sociedad de Escritores de Morelos, Cuernavaca, 2018.
- Auerbach, Erich. “La media parda”. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Cather, Willa. “The Novel Démeublé”. *The New Republic*, 30 (April 12, 1922): 5-6. Willa Cather Archive. <https://cather.unl.edu/writings/nonfiction/nf012>
- Beard, Mary. *Mujeres y poder. Un manifiesto*. Crítica, 2018.
- Butler, Judith. *El género en disputa*. Paidós, 2007.
- Beauvoir, Simone. *El segundo sexo*. Debolsillo, 2019.
- Desantes, José María. 1992. *El derecho fundamental a la intimidad*. Estudios Públicos. 46 (mar. 1992).
- Ferranti, Malena. "La enfermedad como obra de arte en La Señora Dalloway y en los escritos autobiográficos de Virginia Woolf". Universidad Nacional De Córdoba, 1 Jun. 2023, Córdoba.
- Gilbert, Sandra M. y Susan Gubar. *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Ediciones Cátedra, 1998.
- Grosz, Elizabeth. “Feminism, Materialism, and Freedom”. *New Materialisms. Ontology, Agency and Politics*. Duke University Press Books, 2010, pp. 158-177.
- James, Joyce. *Los Muertos*. Alianza, 1996.
- Kaur, Harinder. “Septimus and His double: Psychological chaos in *Mrs. Dalloway* of Virginia Woolf”. *PalArch's Journal of Archaeology of Egypt / Egyptology*, vol. 17, no. 12, Dec. 2020, pp. 279-8, <https://archives.palarch.nl/index.php/jae/article/view/5831>.

- Mitchell, Sam. *The stuff of thought: Virginia Woolf's object lesson*. 2011. University of Richmond.
- Ocampo, Victoria. "La Mujer y su expresión". *Debate Feminista*, vol. 21, abril de 2000, doi:10.22201/cieg.2594066xe.2000.21.258. Accedido el 3 de febrero de 2024.
- Online Etymology Dictionary. "Online Etymology Dictionary". *Etymonline - Online Etymology Dictionary*, www.etymonline.com/es/word/party. Accedido el 5 de septiembre de 2023.
- Perrot, Michelle. *Historia de las alcobas*. Ediciones Siruela, 2011.
- Sepúlveda, Gloria. *Tiempo, retorno, simultaneidad e intertextualidad en La Señora Dalloway de Virginia Woolf*. Universidad De Concepción, 6 May 2013, Concepción. Informe.
- Talmor, Avital. *The use of objects in the fiction of Virginia Woolf*. 1981. Royal Holloway, University of London, tesis, repository.royalholloway.ac.uk/items/2d39f5ef-7f48-4e37-8e58-098f50906aec/1.
- When did salmon farming in Scotland begin? | Salmon Scotland*. (s.f.). Salmon Scotland. <https://www.salmonscotland.co.uk/facts/business-economy/the-history-of-scottish-salmon-farming>